LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 16 DE MAYO DE 1887 — NUM. 281

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL PRIMER BESO, cuadro de Corcos, grabado por Brend'amour

SUMARIO

TEXTO. —*Nuestros grabados.*—*El puñal de Antuco*, por la Baronesa de Wilson. – *Historia de un hombre contada por su esqueleto* (continuación), por don Manuel Fernández y González.

GRABADOS. – *El primer beso*, cuadro de Corcos. – *Hermán y Dorotea*, cuadro de Julio Scholtz.—*Un apunte de Echena.*—*La cita campestre*, cuadro de M. Daux.—*Una exhibición*, dibujo de Llovera.—*Tiempo perdido*, cuadro de R. Bong.—*Busto de mujer*, de Tofano.—*¡Recuerdo!...* cuadro de Th. Matthei.—*Suplemento Artístico: En la iglesia del lugar*, cuadro de Smith.

NUESTROS GRABADOS

EL PRIMER BESO, cuadro de Corcos

Este cuadro está inspirado en una composición literaria, una poesía; pero el tema de esta, ó sea el asunto del cuadro, se desprende claramente de la acción. Una pareja de jóvenes enamorados desciende la espaciosa escalinata de una quinta regia. La casualidad, ó el diablo que siempre anda á caza de gangas, han hecho que nuestros tórtolos se hallen completamente abandonados á sí mismos; ó lo que da otro tanto, completamente dejados de la mano de Dios.

Según el refrán, la ocasión hace al ladrón: por fortuna el ladrón no es de los más empedernidos. Un beso, un simple beso en la mano de la mujer amada, y luego... un mundo de ideales que convierten este valle de lágrimas en un cielo esplendente al uso de los mahometanos.

El cuadro de Corcos transcribe correctamente la situación de los amantes; pero sin duda está más bien pintado que bien sentido. Ese beso no es el primer beso. ¡Casi parece el último!...

HERMÁN Y DOROTEA, cuadro de Julio Scholtz

Este cuadro está basado en una narración alemana, que para nosotros carece en absoluto de interés. Tiene, por lo tanto, el grande inconveniente de que no puede apreciarse la intención de los personajes cuando la narración no se conoce. El artista ha de procurar que la comprensión de su lienzo no dependa del previo conocimiento de un hecho circunscrito á un libro de imaginación, cuya existencia pueda desconocerse sin pecado de ignorancia. Se concibe el cuadro histórico sin explicación, porque la historia es patrimonio de todos, ó debiera serlo al menos; pero no se concibe á *Hermán y Dorotea* sin una biografía pegada á la obra.

Esto no impide que las figuras de Scholtz sean verdaderos tipos de ingenuidad y formen un grupo altamente bien dibujado y simpático.

UN APUNTE DE ECHENA

Quien pare su atención en este dibujo, echará de ver hasta qué punto le es dado á su autor producir con cuatro toques de lápiz los efectos que no siempre se consiguen de la paleta. El dibujo está apuntado apenas, es una obra de menos que primera intención; y sin embargo, ¡cuánta naturalidad, cuánta verdad, cuánta expresión!... Echena dibuja como los que saben dibujar; lo cual pareciendo decir poco, dice mucho, dice lo primero que cabe decir de un artista.

LA CITA CAMPESTRE, cuadro de M. Daux

Figurémonos la Arcadia de Florián pintada por Watteau. Nemorino y Estela se han dado una cita en lugar bien escogido por lo solitario. El día es espléndido; la más ligera nube no empaña eso que hemos dado en llamar el cielo; las espigas se balancean apenas en sus tallos y las amapolas rojas interrumpen el monótono dorado del campo. Ocasión excelente, lugar á propósito para disparar un amante á otro todas aquellas lindezas que hicieron las delicias de nuestros abuelos... leídas en las novelas bucólicas del pasado siglo.

Sin embargo, los pastorcitos de Daux no son irreprochables bajo el punto de vista del idilio. Examinándoles atentamente, se encuentra en ellos algo picaresco que desdice de aquella bendita Arcadia, donde todos los amantes parecen estar en babia. Son dos pastores disfrazados, pastores de contrabando, sorprendidos á tiempo por dos colegas, maliciosos con sobrada razón.

En una palabra; los pastores de Florián vivían en el Limbo; los pastores de Daux parecen vivir en la tierra y muy en la tierra: cualquiera diría haberlos visto en un baile de máscaras.

UNA EXHIBICIÓN, dibujo de Llovera

Entre las maneras crueles y repugnantes de ganarse la vida, ninguna como la del hombre que exhibe al público, mediante precio de entrada, la deformidad de otro hombre. Enhorabuena que, si á la naturaleza le plugo engendrar un fenómeno racional, los demás racionales hagan de él un objeto de estudio; lo que no debiera tolerarse es que un ser, harto infeliz, sirviera de espectáculo y chacota á los desocupados sin corazón. Contra éstos lanza un terrible y merecido epigrama nuestro distinguido colaborador, y á fe que se lo aplaudimós de todas veras.

El enano de Llovara es muy feo, muy contrahecho; pero es un hombre, al fin y al cabo. ¿Qué efecto han de producir en él las risas y dicharachos de esa turba de curiosos, cuya fealdad es mucho más trascendental que la del enano, puesto que es la fealdad del alma?... ¿Qué efecto, decimos?... Basta examinar el rostro de la *víctima* para comprenderlo: si ese desgraciado no esgrime contra sus martirizadores la espada que irrisoriamente han puesto en su mano, es porque se siente impotente para vengarse. Traga saliva, como vulgarmente se dice; esto es, acumula odio y envuelve á toda la humanidad en un mismo anatema.

El artista ha estado en lo cierto: su enano es el tipo de la desdicha; los espectadores son dignos ejemplares de esa numerosa turba de seres sin alma que, en lugar de compadecer á un desdichado, se ríen de él en sus propias barbas. ¿Quién es, en tal caso, el tipo de la fealdad verdadera?

TIEMPO PERDIDO, cuadro de R. Bong

Un galán barba haciendo el amor á una dama joven, siempre resultará un ente ridículo. Nadie tan respetable como el *D. Diego* de *El sí de las niñas;* y sin embargo, nadie tan puesto en berlina como este personaje cuando hace el amor á *D.ª Francisca*. El público no se reconcilia con el viejo ni respeta sus venerables canas, hasta que aquél se convence de que para inspirar amor, lo primero que se necesita es juventud.

Así, en el cuadro de Bong, cualquiera echa de ver sin grande esfuerzo que el extemporáneo galanteador machaca en hierro frío: la damisela acoge sus declaraciones como ellas se merecen y gracias que una picaresca sonrisa ocupa en sus labios el sitio que de otra suerte daría lugar á un solemne bostezo.

El artista ha demostrado penetrarse debidamente del asunto, dibujado correctamente: *expresarse* con verdad y cumplir en conciencia, es el primer deber del Aristarco en acción; esto es, hacerse comprender sin necesidad de explicaciones y no incurrir bajo pretexto alguno en el chabacanismo de la caricatura.

BUSTO DE MUJER, de Tofano

Si es estudio ¡bien por el artista! si es retrato ¡bien por el original! La naturaleza ha sido pródiga con esa dama, y el artista lo ha sido en los medios empleados para hacer resaltar su belleza. Tofano debe estar satisfecho de su obra; su modelo debe haberse sentido muy feliz al contemplarse en el lienzo, más hermosa que la habrá reproducido el espejo, y admirada por ese enjambre de espectadores que, en toda Exposición, se detienen ante la exhibición de exuberantes gracias. ¿Y por qué se detienen tantos papamoscas ante el retrato de una mujer, mayormente cuando la reproducida no ha cuidado gran cosa de ocultar púdicamente sus mórbidas formas?... ¿Es admiración ó sensualismo, es un sentimiento noble ó es una excitación grosera, lo que en tal caso atrae la atención del público?... No pretendemos saberlo, lo que sí hubiéramos aconsejado al original del cuadro de Tofano, es que, dado que el lienzo había de exponerse, antes de llamar al taller del pintor, se hubiera detenido en el taller de la modista.

¡RECUERDO!... dibujo de Th. Matthei

Cabe la tumba del malogrado artista vierte sinceras lágrimas la triste viuda. Que la tumba encierra el cadáver de un artista, quizás de un poeta, lo dice la lira depuesta junto al fúnebre monumento; la tristeza de la viuda se echa de ver en su semblante, en su ademán, en su luto, no circunscrito al simple traje.

Es un dibujo completamente feliz el de Matthei: la protagonista no se entrega á esa desesperación exagerada, que sería mortal en breve si fuera cierta. El sentimiento expresado por la viuda es el sentimiento íntimo que mina la existencia con lentitud; que empaña el fulgor de los antes abrillantados ojos; que doblega el cuerpo de la mujer como se doblegan las ramas del sauce sobre el sepulcro; que reemplaza el fuego de la pasión con el hielo de la muerte; que produce el vacío de las ilusiones y de las esperanzas, mil veces más cruel, que el vacío que deja el cadáver en el mundo.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EN LA IGLESIA DEL LUGAR, cuadro de Smith

Dejaría un cuadro de ser una verdadera obra de arte, si su contemplación no excitara el sentimiento que su autor se hubiese propuesto. Lo más y lo menos de esa excitación da la medida del mérito del lienzo. Pues bien, la impresión producida por el cuadro de Smith no puede ser más poderosa y espontánea. Cualquiera diría que una nube de incienso envuelve las figuras que el artista ha reunido *en la iglesia del lugar*. ¡Cuánta y cuán severa modestia en ese templo!... ¡Cuánta y cuán bien traducida expresión en el semblante, en la actitud de esos personajes que dirigen sus preces al Señor!...

Todo en la composición está perfectamente calculado para excitar el sentimiento místico; pero la combinación es tan artística que, á puro ser natural, pasa desapercibido el artificio. En esto consiste la *difícil facilidad* que avalora las obras todas del genio.

EL MUNDO AMERICANO

EL PUÑAL DE ANTUCO

I

En agosto de 1876 recorría yo la floreciente república de Chile, visitando detenidamente sus ciudades, sus pueblos y sus aldeas, admirando el adelanto de ese hermoso país y recibiendo de autoridades y particulares las mayores muestras de simpatía, siendo los meses de mi estancia en el suelo conquistado por Pedro de Valdivia, de los más risueños en las páginas de mis recuerdos.

El vapor «Atacama» me trasladó del importante y comercial Valparaíso, hasta las tranquilas playas de Coquimbo, y horas más tarde, me encontraba en la pintoresca ciudad de la Serena, bautizada con ese nombre por Francisco de Aguirre, teniente de don Pedro de Valdivia, en recuerdo de la villa natal del conquistador de Chile.

Ignoro porqué mi imaginación evocó entonces aquella serie de conquistas que dieron á mi patria un nuevo mundo, el más fértil y risueño de cuantos son conocidos, y durante mi paseo por la tierra cantada por Ercilla y en donde aun viven aquellos indómitos araucanos, me creía testigo invisible de los viajes semi-fabulosos por la cordillera y de las luchas que sostenía un pueblo altivo y valiente, con un puñado de hombres, ricos de valor, de audacia y suerte.

Vehemente era mi deseo de visitar los establecimientos mineros, fuente de la riqueza de Chile; no bien manifesté mi pensamiento, cuando don Benjamín Vicuña Solar y don Pedro Herreros lo pusieron en práctica.

Al día siguiente á las seis de la mañana salíamos para los cerros de la Higuera y en ligero carruaje subíamos rápidamente por pendientes que, siglos atrás, se hubieran creído inaccesibles.

El viaje es pintoresco y la naturaleza exuberante y agreste.

En una planicie y como al mediar el camino á la derecha, vimos los escombros de una finca y á corta distancia una cruz.

Aquel símbolo de la redención me preocupó: allí se había cometido un asesinato y durante el trayecto mi pensamiento estuvo fijo en algo misterioso.

La vista de los cerros de la Higuera dieron tregua á la idea dominante, y los vapores que se cernían á nuestros pies sobre las planicies que habíamos pasado, hicieron que la imaginación tomase distinto giro.

La altura á donde habíamos llegado era imponente y las casas parecian suspendidas en las crestas de aquellos cerros, perforados por la piqueta del minero de tal modo que parece imposible se sostengan los edificios sobre una base tan poco sólida al parecer.

La casa en donde me hospedaron era bonita y cómoda.

Desde elevado comedor, admiré esa noche, los focos de fuego y los hornos, escuchando conmovida el quejido, el canto lastimero con que se acompañan esos seres, en el rudo trabajo de la minería.

Un espectáculo tan nuevo para mí como extraño y fantástico, me sorprendió en extremo.

La *sangría* de los hornos.

Al abrirse el conducto para el desagüe del mineral, este se escapa cual si fuera torrente de fuego, produciendo á la vista un efecto difícil de explicar.

Esa noche fué para mí una revelación: la vida de las minas no se parece á nada y se llega á sentir poderoso atractivo; un vértigo, una pasion por los productos de la madre tierra que fascina y cautiva.

Apenas podía dar crédito á mis ojos: aquellos ciclopes, aquellos hombres, curtidos por el constante fuego, nervudos unos, débiles otros, sombríos los más, con los rostros iluminados por la rojiza hoguera, formaban un cuadro como las creaciones del Dante.

Tenían esos vigorosos toques, ese brillo que Goya en sus aguas fuertes ha legado á la posteridad.

Me creía trasportada á otro mundo, pero palpitante de un interés que me fascinaba.

Insensiblemente, bajé la pendiente y me encontré cerca de los hornos pertenecientes al señor Muñoz, quien me había seguido.

El calor era sofocante y aquellos hombres debían sufrir mucho.

¡Triste existencia la del minero! sumido en profunda oscuridad la mayor parte del tiempo; expuesto á un derrumbe y siempre con la muerte en acecho.

Esclavos del trabajo, encuentran con frecuencia en un *pique* ó un *socavón*, ignorada tumba.

II

Entre aquellos hombres semi-fantásticos había uno alto, de rostro ovalado, con ojos negros y brillantes, y cutis trigueño muy oscuro.

Algo sombrío, algo poderosamente melancólico se leía en su mirada.

Aquel hombre sufría.

Sin saber porqué me interesó y al propio tiempo ¡cosa extraña! la idea del asesinato volvió á preocuparme.

Según me dijo Muñoz, aquel minero era un ser tan misterioso como honrado y trabajador.

Un día había llegado á las minas pidiendo ocupación: fué aceptado y vivía encerrado en sí mismo, solo, triste y sin buscar en el juego (pasión dominante en los mineros) una distracción.

Jamás le conocieron amores, y las jóvenes que habitan en la Higuera no habían escuchado ni una frase galante de sus labios, ni sus ojos se habían fijado en ellas.

¿Quién era? Nadie lo sabía. ¿De dónde había llegado? Tampoco. ¿Cuál era su pasado? Un misterio.

No tenía familia ni amigos.

– ¿Cómo se llama?—le pregunté á Muñoz.

– Esteban.

– ¿Y el apellido?

– Cruz; pero es casi seguro que no es el suyo: vive pobremente: una cama, una mesa, una silla y una arca componen su ajuar. El único adorno es un puñal de forma extraña. suspendido en la pared. Un compañero de Esteban quiso chancearse un día y examinar aquel objeto, pero la mirada del minero fué tal, que heló la sangre en sus venas y le hizo enmudecer. Aquel puñal parece una parte de su ser y le habla en lenguaje terrible, enérgico, poderoso. Nadie se atreve á ir á su casa: en los momentos de ocio, pasea solo y completamente abstraído.

La imagen del minero me persiguió aquella noche.

Al día siguiente visité varias fundiciones y minas: entré en los socavones; estudié aquellos cerros, manantial de riqueza.

Por todas partes encontré generosa hospitalidad y amable galantería.

Vayan estos renglones á llevar á mis amigos, la seguridad de que no los olvidaré jamás.

Era domingo; no trabajaban y con el pretexto de obtener muestras de minerales mandé á buscar á Esteban.

Me obsequió con varias bellísimas que aun conservo.

– ¿Le agrada la vida de minero?—le pregunté.

– Sí señora, y más que por otras razones, la principal es, que puedo ganar para vivir solo, sin necesitar de nadie y sin exponerme á la falsedad, ni á la mentira.

Estas palabras fueron dichas con reconcentrado odio: á pesar mío me estremecí; estábamos en el corredor y ante mi vista se desarrollaba el panorama de la industria, de la laboriosidad y de la ciencia.

Mis ojos se encontraron con la mirada profunda de Esteban, y sin duda vió en ellos una interrogación.

– Me han dicho que la señora visita Chile para escribir luego sus viajes.

– Sí, – le contesté;—y en el camino que conduce á este cerro, he visto algo que puede ser un episodio interesante.

– ¿En dónde?

– En el sitio que llaman la hacienda del Mulato.

Mis palabras causaron total trastorno en Esteban: en él se advertía extraordinaria emoción.

– Yo conozco la historia,—murmuró con voz sorda.

– ¿Sí? pues encontré lo que buscaba.

– Como la señora es forastera, contaré lo que para otro no saldría jamás de mis labios: porque,—añadió vacilando,—se lo ofrecí á un moribundo.

– Gracias; mañana saldré de aquí para la Serena y dejaré á Chile á fin de la semana: no hay tiempo que perder; escucho.

EN LA IGLESIA DEL PUEBLO, CUADRO DE T. SMITH

MINISTERIO DE EDUCACION
INSTITUTO DE ARTE

HERMÁN Y DOROTEA, cuadro de Julio Scholtz

Esteban se sentó á una indicación mía, y cual si hiciera poderoso esfuerzo sobre sí mismo comenzó su relato con distinta forma, pero exacto en el fondo á lo que voy á referir.

III

Saliendo de la alegre y pintoresca ciudad de la Serena, con dirección á las minas de la Higuera, en ancha planicie, casi al pie de profunda barranca, existía una risueña vivienda habitada por los amores y la dicha.

Un mulato, joven y buen mozo, peruano de nacimiento, era el dueño, y se decía que descubridor de una mina de cobre, estaba en camino de poseer cuantiosa fortuna.

Una noche regresaba á su casa, cuando oyó un grito ahogado.

Escuchó, pareciéndole que á la derecha, en un barranco, tenía lugar una recia lucha.

Se acercó y á la claridad de la luna vió á dos hombres, uno de ellos ya vencido y á merced de su adversario.

Julián, el mulato, ayudó al más débil y sujetando al vencedor por un brazo dijo:

– Levántese y no tema.

– ¡Ladrón! ese hombre quería matarme para robarme.

El otro forcejeaba, pugnando por desasirse, pero ambos dieron cuenta de sus fuerzas y lo sacaron del barranco.

Al ver delante de sí espacioso camino hizo un supremo esfuerzo y logró soltarse emprendiendo la carrera sin que fuera posible darle caza.

– Gracias por su ayuda,—le dijo el desconocido á Julián:—le debo á usted la vida y no sabría cómo pagarle.

– ¿Adónde va usted? ¿á la ciudad?

– No señor; me dirigía á mi hacienda y los caballos no deben estar lejos.

– Pues deje su viaje para mañana y pasemos la noche juntos.

– Es la menor prueba de aprecio que puedo dar á mi salvador: acepto.

Poco después estaban instalados en una sala baja, y Julián mandaba en busca de los caballos.

Entonces se fijó en el amigo que la casualidad le deparaba y que tan trágica influencia debía tener en su porvenir.

El desconocido era joven: de rostro ovalado; con hermosos y rasgados ojos garzos, pero fríos y sin expresión.

La intimidad se estableció desde luego y Antuco ó Antonio Chacón, que así se llamaba el desconocido, fraternizó con Julián.

Era rico, soltero, enamorado y algo calavera; pero ¿no es esto disculpable en un hombre joven y libre?

Julián, por su parte, correspondió con igual expansión.

Le dijo que amaba y era amado.

– La ví en un baile y desde entonces no tengo voluntad: mi vida empezó desde que la conocí: ella también, por su parte, sintió un cariño instantáneo.

Chacón leyó en el corazón del mulato, comprendiendo que era su primera pasión, su primer delirio, en el cual la razón se ofusca y olvida al universo para reconcentrarse en el objeto amado.

Ese sentimiento, que es gozo y dolor, luz y tinieblas para nuestra inteligencia; oasis de la existencia; éxtasis del corazón que lo convierte en combatida nave hasta arribar al puerto.

Tal era el amor que sentía Julián, y que despertó en Chacón celos y envidia.

Durante dos días permaneció con su nuevo amigo, y en el tercero, manifestó deseos de conocer á la encantadora criatura que con tal imperio mandaba en el corazón de Julián.

La boda se celebraba ocho días más tarde y Chacón obtuvo ser presentado antes.

Asunción era hermosa como el sueño de un poeta; inocente como un niño; modesta como la violeta; amante y apasionada como hija de los trópicos.

Candorosa como un ángel, no sospechaba existieran desleales ni ingratos, y para ella el mundo no era sino una familia que se debía apoyo y protección.

Huérfana y educada por un anciano tío de su madre, generoso, noble, caritativo é indulgente, se identificó con sus ideas, y en su hogar dueños y sirvientes disfrutaban de vida patriarcal y sencilla: tal era la futura compañera de Julián, y tal la casa en que fué presentado Chacón.

¿Porqué la joven al verlo le rechazó con el pensamiento? porqué su alma pura luchó con desconocida impresión? porqué el temor paralizó su ánimo? ¡Misterioso presentimiento que pocas veces engaña! el corazón no es traidor y advierte el peligro.

Chacón fijó sus ojos de buitre en la paloma: el milano acechaba su presa; su amistad por Julián creció, y jamás se separaba de él cuando iba á visitar á su hermosa prometida.

IV

Llegó el día del matrimonio: amaneció puro y sin nubes en el cielo ni en los corazones, presagiando dichas y paz.

Hay en la vida momentos tan inefables, que siempre la iluminan con su recuerdo: hay horas benditas, que con su perfume embalsaman la existencia toda, y en las amarguras y decepciones son el rayo de sol que alienta y vivifica.

Asunción, en ese día, no vió en Chacón sino el mejor amigo de Julián, y olvidó sus temores.

Antuco correspondió con efusión; sus ojos perdieron algo de su sombría expresión, y después de la solemne ceremonia, fué el único que acompañó á los recién casados, y prodigándoles las mayores muestras de ternura se despidió de ellos, montó á caballo y salió á escape para su finca.

Asunción y Julián, se olvidaron del universo para no pensar sino en su amor, y ciegos y confiados, no creyeron, no podían creer que hubiera alguien á quien su dicha inspirase celos y despecho.

Aislados vivieron durante un año, y un niño vino á ser la estrella de su hogar.

Antuco Chacón le había dado su nombre: el cariño le autorizaba y pasaba los días con Asunción, compartiendo sus goces de madre y gozando al parecer con su ventura y con la pureza de sus costumbres.

Aquel hogar era de los que la Providencia mira con predilección y nada faltaba para esa felicidad tras de la cual corremos con afán, pero si Julián hubiera visto el cambio de la fisonomía de su amigo cuando se alejaba de allí, hubiera temblado.

Aquel semblante siempre risueño, se tornaba amenazador, y cuántas noches como el tigre acechaba su presa y maldecía al hombre que disfrutaba una ventura ambicionada por él!

Jamás delante de aquella purísima criatura, pronunciaba una frase que pudiera darle á conocer el estado de su alma: aquel corazón, albergue de todas las virtudes, no le hubiera comprendido.

Un día, el fuego se declaró en la pacífica morada de Julián, y como era en las altas horas de la noche, fué más tardío el auxilio.

Corrió el mulato á salvar á su mujer y á su hijo, pero ya Chacón los sacaba en sus brazos.

– ¡Oh! hermano mío, – exclamó;—sólo tú podías tener el mismo pensamiento.

– Yo te debo la vida.

– Y yo lo que más amo en el mundo.

Julián observó que Chacón era menos expansivo: estaba triste y algunas veces desaparecía bruscamente y no volvía en largo tiempo.

– Estará enamorado,—dijo Asunción.

– Sí, querida mía, eso será: lo mismo me sucedía á mí antes de llamarte mía.

Julián procuró conocer lo que preocupaba á Chacón.

– Ya sabrás mi secreto, —le contestaba.

Cinco años tenía ya el hijo del mulato cuando una terrible catástrofe destruyó su porvenir y le dejó huérfano y pobre.

Era una noche en que el calor se sentía con exceso, y estaba Asunción recostada en la cama con su hijo: Julián andaba en las minas y en la casa reinaba el mayor silencio.

De repente sintió que se desprendía el niño de sus brazos, que la levantaban y se la llevaban: quiso gritar: en vano; un poncho cubría su cabeza y una mano sujetaba su boca.

La infeliz conoció que estaba en el campo y oyó el galope de un caballo. ¿Sería su marido? haciendo un esfuerzo quiso llamarlo: imposible; su robador la estrechaba convulsivamente y montando en un caballo salían á galope.

Era efectivamente Julián el que llegaba, pero aun cuando vió un caballo que huía, ni aun pensó en lo que pudiera ser.

Llegó á su casa y sintió vago terror al encontrar las puertas abiertas: algo sucedía: entró en su aposento y lanzó un grito; su hijo lloraba solo en la cama: ¿qué había pasado?

Sus gritos despertaron á los criados: nadie sabía lo sucedido: los raptores habían entrado por la puerta principal de la que sin duda tenían llave y en silencio arrebataron á la joven y volvieron á salir.

De repente Julián lanzó una exclamación ronca, terrible, salvaje: sobre una mesa vió un puñal corto: lo conoció, era de Chacón.

Aquel indicio bastó para desarrollar ante sus ojos el drama.

Recordó episodios, detalles, palabras que no había comprendido: era una espantosa realidad: el amigo, el hombre á quien consideraba como á un hermano, era el robador de su esposa.

Durante seis meses buscó por todas partes al infame: no lo encontró; su casa estaba cerrada.

En una mañana del mes de diciembre, caminaba Julián al paso de su caballo dirigiéndose á la mina abandonada desde la catástrofe.

Ni la justicia, ni sus activas pesquisas, habían podido descubrir el paradero de Asunción.

Había llegado al pie de un cerro cuando el galope de un caballo lo sacó de su distracción: levantó la cabeza y lanzó un rugido: el jinete era Chacón.

– ¡Al fin te encuentro, infame raptor! ¿qué has hecho de mi Asunción?

– En tu casa.

– ¿En mi casa?

– Acabo de conducirla y dejarla en la puerta.

– Tu vida no basta para pagar una sola de sus lágrimas, uno de mis sufrimientos: – y ciego sacó el puñal de Chacón, que siempre llevaba, y desmontó.

Antuco desmontó á su vez y adelantó hacia Julián.

Lucharon: el mulato era el más débil: después de desesperados esfuerzos, su enemigo le arrebató el puñal y se lo clavó en el corazón.

Julián cayó en donde hoy se levanta la cruz.

. . . . . .

Una hora más tarde al pasar algunos mineros, encontraron al mulato en la agonía; pero tuvieron tiempo para correr en busca del anciano tío de Asunción, quien recibió las últimas confidencias del herido y los detalles del drama.

La infeliz esposa de Julián había sido devuelta á su hogar, pero loca, y murió en la casa de dementes.

– ¿Y su hijo?

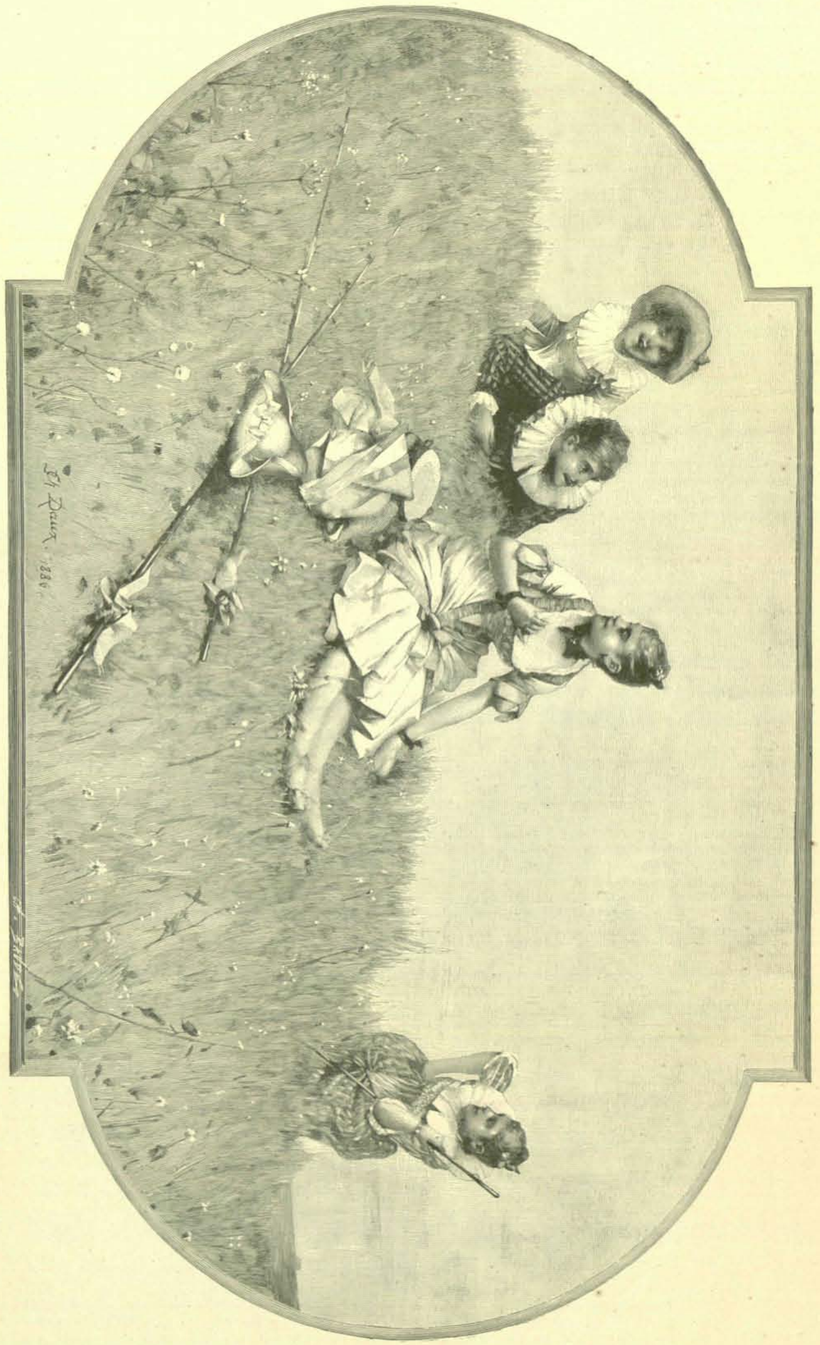
Los ojos del minero lanzaron rayos; en la mirada se leía el anhelo de la venganza, terrible, implacable.

– Su hijo, – murmuró, – su hijo guarda el puñal de Antuco para desgarrarle el corazón: si la Providencia no lo ha castigado, encontrará su huella y pagará la vil traición.

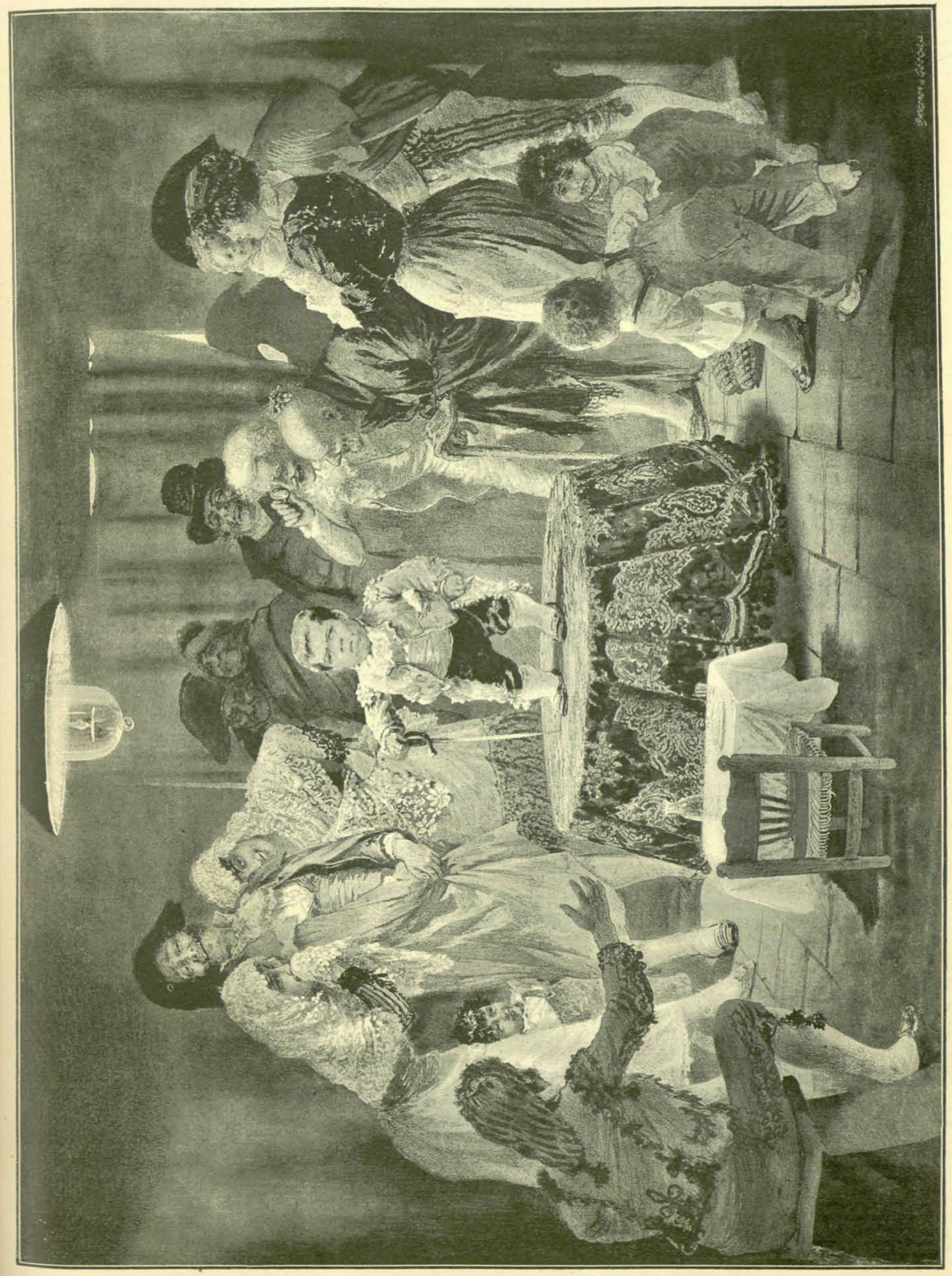
Esteban se levantó, bajó rápidamente la cuesta y se perdió en la oscuridad.

LA BARONESA DE WILSON.

UN APUNTE DE ECHENA



LA CITA CAMPESTRE, cuadro de M. Daux



UNA EXHIBICIÓN, dibujo de Llovera

TIEMPO PERDIDO, cuadro de R. Bong

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

– Si no se le violenta, si no se le excita, si se le mantiene en un prudente aislamiento...

– ¡Oh! no le veré... no le veré hasta que no sea peligroso para él el verme... esto es... si yo soy la causa...

– No tengo antecedentes de que Zea tenga relaciones con ninguna otra mujer... yo le creía enteramente retirado del amor... por desengaños... porque... ha sufrido mucho.

– ¿Y no teme V. que su enfermedad sea el resultado de alguna historia anterior?

– No, no señora: y es muy posible, casi seguro, que usted sea la bella causa...

– Gracias, caballero, gracias... pero yo creo que no habrá inconveniente en irle preparando...

– De ningún modo.

Tampoco me parece que será peligroso el que yo vaya á informarme.

– De ningún modo.

– Gracias... mil gracias, y á Dios, – dijo aquella señora levantándose y cubriéndose el rostro con el velo:—ahora suplico á V. que acepte,—añadió, dando una cartera al señor Díaz.

– Consultas de este género, señora, – dijo el señor Díaz rechazando cortesmente la cartera,—están pagadas por sí mismas.

– ¡Oh! no me impida V. á lo menos el que le deje un recuerdo de agradecimiento.

Y se quitó una sortija que dejó sobre un velador y salió.

– Toma,—me dijo el señor Díaz cuando salí á mi vez: —no quiero tener nada de una mujer tan hermosa, ni es decente que yo cobre de ningún modo el premio de una falsedad.

– La sortija es esta, señor.

Y mi ayuda de cámara sacó de un papel en que estaba envuelta una magnífica sortija cincelada y esmaltada con un grueso brillante.

– Continúa,—le dije poniéndome en el dedo la sortija.

Mi ayuda de cámara continuó:

– El señor Díaz me dijo:

– ¿Dónde diablos anda tu amo?

– Ha ido á Francia,—le contesté.

– ¿Pero volverá pronto?

– Dentro de diez á doce días.

– Pues mira; componte allá como puedas: yo no vuelvo á recibir á esa señora: ahora mismo voy á dar orden de que cuando venga, la digan que no estoy en casa: es demasiado hermosa, demasiado simpática, para que yo no tema ser mal amigo. Cuando vuelva tu amo, cuéntale lo que ha sucedido, y me despidió.

A la noche siguiente vino la misma señora.

Me preguntó por V. y yo la dije que aun duraba la prohibición del médico.

Me dió una onza, que yo tomé, porque no soy su amigo de V., sino su ayuda de cámara, y me preparé á lo que sin duda debía venir detrás de la onza.

– ¿Y qué fué?

– Me rogó que la permitiese ver á V., sin que V. la viese á ella.

– Afortunadamente, para que no pudieras hacerme esa pequeña traición, yo no estaba en casa.

– Por lo mismo me defendí heroicamente. La primera noche se fué seria, la segunda irritada, la tercera llorando.

– ¡Llorando!

– Creo, Dios me perdone, que ha vuelto V. loca á esa señora, de lo que yo soy la causa.

– ¡Tú!

– Yo, que he inventado la enfermedad amorosa de usted; ¿cree V. que haya una mujer que no ame aunque sea por amor propio á quien se muere por ella?

– No tengas vanidad, Andrés; si yo hubiera estado en Madrid no te se hubiera ocurrido suponerme enfermo del corazón. No hay, pues, mérito.

– Pero pude contestar una torpeza. Me debe V. para cuando se case...

– ¡Eh!

– ¿Qué... no piensa el señor casarse...? á los cuarenta y con una mujer tal...

– ¡Andrés! ¡tú me haces traición! ¡tú te has vendido!

– Doña Clara...

– ¡Cómo! ¿sabes su nombre?

– Como que la he seguido, y averiguado, y sé que es una indiana riquísima: pero como decía, doña Clara le cree á V. tan enamorado de ella, que no se le ha ocurrido conspirar conmigo contra V. Me ha dado una onza por visita... total: diez onzas. Por lo demás, señor, piénselo usted bien y cásese, aunque no sea más que por los millones de la viuda.

Sonó entonces la campanilla de la puerta.

– Ella es, señor,—exclamó Andrés: – ¿qué hago?

– Entretenla un poco mientras yo me preparo.

– ¿La recibe usted?

– ¿Pues no? vé, vé y abre,—contesté dirigiéndome á mi habitación,—y mudé apresuradamente de traje, poniéndome un vestido de casa.

Entró Andrés.

– ¿Es ella? – le pregunté con la voz alterada.

– ¡Ah! ¡V. se casará!

– ¡Andrés!

– Le tiembla á V. la voz cuando pregunta por ella.

– ¡Andrés!

– ¿La introduzco?

– Sí.

– Pues acomódese V. en la butaca como si estuviera convaleciente.

– ¡Bribón!

– ¡Voy! ¡voy!

Andrés salió.

Poco después oí las fuertes y presurosas pisadas de una mujer.

Se abrió la puerta y entró una vestida de negro.

Al verme se detuvo, se llevó la mano sobre el corazón y escuché un ligero gemido.

Luego se levantó el velo, corrió á mí, me asió las manos y exclamó mirándome de una manera divina:

– ¡Gabriel!

– Era ella.

LXXVIII

Yo no puedo decirte, Eugenio, lo que experimentaba. Me sentía morir.

Clara era para mí el ángel bueno, pero ardiente, incitante, voluptuoso, con una voluptuosidad purísima.

Era la contraposición de Adelaida que era mi ángel malo.

Puesto bajo la influencia de Clara olvidé á Adelaida, como puesto bajo la influencia de Adelaida olvidé antes á Clara.

¡Oh ruindad del corazón! ¡oh vicio de los sentidos! ¡si yo no me hubiera separado de mi ángel bueno, siguiendo la huella encendida de mi ángel malo...!

Sentí refrescada mi alma por el amor, por la virtud, por la hermosura de aquella mujer, todavía niña, todavía virgen, tierna, apasionada; con un amor poético, con un amor soñado.

Me dijo llorando cuánto había sufrido, y riendo cuánto era feliz en aquellos momentos.

Me reveló que su padre...

Pero lo que me contó acerca de su padre, te le voy yo á contar directamente.

LXXIX

Tres días después de la horrible muerte de López, Clara recibió por la mañana el siguiente billete:

«Hija mía: necesito verte, hablarte, estrecharte entre mis brazos, asegurarte que no soy una sombra, que nada tienes que recordar respecto á mí que acuse á tu conciencia. Vivo como tú y como los demás, y el medio común de que me valgo para decírtelo, te lo prueba: espérame esta noche.»

Esta carta no tenía firma.

El primer impulso de Clara fué de terror.

Pero luego recordó que hacía tres días que López había desaparecido de la casa, de la que hacía muchos años sólo se alejaba por breves intervalos sin pasar más que algunas horas fuera de ella, y aun así por graves negocios; que no se habían tenido absolutamente noticias suyas, que al segundo día se había avisado á la policía y que todos los esfuerzos de la policía el día siguiente no habían descubierto el menor indicio del paradero de López.

Encontró una relación extraña entre aquella desaparición y la carta de su padre, y esperó á la noche con ansiedad.

Apenas había oscurecido cuando la anunciaron la llegada del señor Alvarez.

El mejicano había tomado este nombre.

Clara le recibió en medio de los empleados subalternos de la casa.

Miantucatuc iba completamente vestido de negro, con guantes amarillos y botas barnizadas.

Sobre aquel traje, su semblante cobrizo y pintado, cubierto de canas, producía el contraste más terrible que puede verse.

Era un gran jefe ensayado y vestido para representar nuestras costumbres.

Miantucatuc saludó con cierta soltura á Clara, que dominó su terror, y contestó á su saludo.

—Yo, señora, – dijo Miantucatuc, – soy don Cristóbal Alvarez, con quien la casa de Lemus ha sostenido hasta ahora las mejores relaciones. Ni V. ni estos señores, á quienes creo dependientes de la casa, me conocen. Esto consiste en que yo me doy muy poco á la luz. Nacido en otras tierras, en otras costumbres, gran jefe en mi juventud de una tribu mejicana, la valiente tribu de los anapas, convertido después al cristianismo por una continuación de sucesos que sería largo referir; casado con una europea y venido á Europa, no he podido arrancarme mi color de raza, ni los signos distintivos de mi pasada dignidad salvaje, y ya comprende V. señora, y Vds., amigos míos, que no soy completamente presentable sin causar una gran extrañeza á las gentes. Así, pues, me he reducido á la vida doméstica, y sólo mi nombre como razón social, y mis capitales como sostén de mi nombre, han salido de mi casa. Pero ahora es distinto. He sabido por... un periódico... la desaparición de mi buen amigo don Severo López, y vengo, como es natural, á arreglar mis cuentas con la casa Lemus, y á prestarle mi nombre si lo necesitase, caso de que López, como no es probable, haya desaparecido completamente.

Contestóse en el lenguaje burocrático á Miantucatuc por el tenedor de libros, mientras que Clara fijaba una mirada asombrada en su padre.

—Ahora, y por la situación especial en que se encuentra la casa, – dijo Miantucatuc, – deseo vivamente hablar con V. á solas, señora.

—¡Conmigo!

—Con usted.

—¿Es indispensable?

—De todo punto indispensable... para V., para su tranquilidad, para su felicidad.

Clara despidió á sus dependientes.

—No te olvides, Eugenio, – me dijo saliéndose de su relato el esqueleto, – que la misma noche en que Miantucatuc se encerraba con su hija, Adelaida me ponía á mí fuera de la quinta aprovechando la ausencia de Miantucatuc.

Después de esta advertencia prosiguió.

LXXX

—Recuerdo que una noche, – dijo Miantucatuc á Clara, – estabas encerrada en un gabinete donde creías que de nadie podías ser oída, con un hombre á quien amabas.

—¡Ah! – dijo Clara; – ¡Zea!

—El hombre á quien amas aún.

—Una palabra, señor; una palabra; ¿sois efectivamente un ser que vive?—dijo Clara.

—Toca y cree,—dijo conmovido Miantucatuc.

—Y sois... mi padre...—añadió Clara con doble afectación.

—Pues si no lo fuera, si no hubiera sido por mi hija, ¿á qué había yo de haber venido á Europa? pero te lo repito, Clara, hija mía; necesito hablarte donde de nadie podamos ser escuchados: en aquel gabinete donde hace algún tiempo te encerraste con Zea.

—Sin embargo, aquella noche, señor, hubo quien nos escuchó.

—López tenía llaves dobles de todas las puertas de tu casa.

—¡Ah! ¡López! ¡ese hombre terrible! ¿Y está V. seguro de que López ha desaparecido? ¿Que su desaparición no es más que un lazo que me tiende, para saber qué uso hago de mi libertad?

—No, López no nos escuchará; porque López ha muerto.

—¡Muerto! ¿está V. seguro de ello?

Miantucatuc se sonrió horriblemente.

—López estaba sentenciado hacía ya mucho tiempo; López, á quien yo dejaba la vida porque era junto á tí un guardián fiel, se atrevió á convertirse en tu tirano: López ha muerto... le he sepultado yo mismo, yo, gran jefe del desierto, yo, señor suyo, yo, señor de su vida. No, López no nos escuchará. Vamos á aquel gabinete, Clara, vamos.

BUSTO DE MUJER, de Tofano

Clara tomó un candelabro con tres bujías, atravesó seguida de Miantucatuc algunas habitaciones, y cuando entraron en aquel gabinete, Clara cerró las puertas de las habitaciones contiguas á él, con el mismo cuidado que si se hubiera encerrado con un amante.

Al entrar en el gabinete, Miantucatuc se detuvo delante del retrato de don Angel Lemus.

—He ahí todo lo que queda de tí sobre la tierra, infame,—dijo Miantucatuc mirando con un gozo feroz el retrato:—esa semejanza ficticia de lo que fuiste, y tu cabellera entre las de mis enemigos.

—¡También V.!—exclamó con horror Clara.

—¡Qué! ¿no había él penetrado entre los míos?

—Usted le había robado á su hermana.

—¡Inés! ¡pobre Inés! Pero ese hombre era nuestro enemigo, y luego él... mató á tu madre...

—¡Ah!

—Y te robó y te trajo entre los suyos: y no contento con eso, te hizo su esposa. Aquel hombre debía morir y murió.

—Pero mi hija... ¿qué culpa tenía mi pobre hija?

—Ya que no podía llevarte otra vez á mis praderas, porque los blancos te habían debilitado, quise tener conmigo á mi nieta, recobrar en ella mi sangre aunque mezclada con la sangre de mis enemigos.

—¿Pero qué fué? ¿qué ha sido de mi hija?—exclamó Clara;—¿es acaso aquella hermosa joven que acompañaba á V. la noche del baile de trajes?

—No... Adelaida es mi nieta.

—¡Nieta de V.! pero, ¿he tenido yo alguna hermana?

—Sí, sí por cierto: una hermana, hija mía y de doña Inés de Lemus, la hermana que yo robé á don Angel: esta hija creció y conoció á López y le amó: de su amor con ese infame nació Adelaida...

—Más claro, más claro.

—Tu hija... mi nieta... murió á mi despecho...

—¡Ah! ¡hija mía! ¡hija mía!—exclamó Clara, en quien vivía intenso su amor de madre.

—¡Dios lo quiso así! Aclaremos ahora nuestro parentesco de familia.

Yo robé su hermana á Lemus.

De ella tuve á la hermosa Virgen-de-la-mañana.

La Virgen-de-la-mañana fué tu hermana.

La Virgen-de-la-mañana amó á López, fué suya y tuvo de él una niña muriendo al dar á luz.

Esa niña qué vive, y que es mi nieta, es tu sobrina.

Esa es la que traje al baile para que te robara á Zea; y te lo robó: esa niña tan hermosa y... tan terrible es Adelaida... es... mi esposa.

—Su nieta de V... y su esposa...—exclamó con horror Clara.

—Ella no sabe que es mi nieta, y Dios y yo sabemos que no es mi mujer.

—¿Pero á qué entonces ese matrimonio horrible?

—Aborrezco á los blancos, y he pretendido impedir que mi nieta pueda ser esposa de uno de ellos, para no verme obligado á matarle como maté á Lemus.

—¡Ah!

—Hé ahí por qué procuré que Adelaida usase de su terrible poder para ese Zea... porque amas á Zea... porque no quiero que Zea sea tu esposo.

—¡Oh padre! ¡padre! si engañada... ignorando los sagrados lazos que me unían á V., pude atentar á su vida... no se vengue usted de mí condenándome á la desesperación.

—No, no fuiste tú quien me tendió un lazo traidor; no fuiste tú la que me heriste...

—Yo herí á un hombre...

—A un pinto engañado por López.

—¡Ah! y ¿cómo tropecé con usted moribundo...?

—Te llevó la mano de Dios.

—¿Pero es cierto...?

—Clara... los blancos dudan de la veracidad de las palabras de su padre... jamás una piel roja ha puesto en duda las palabras de un anciano.

—¡Ah! perdón, padre mío, perdón: he sufrido tan crueles remordimientos, he visto tantas veces un fantasma ensangrentado pasando por delante de mis ojos, que es para mí una resurrección el encontrarme libre del horrible peso que agitaba mi conciencia.. ¡Oh padre mío! ¡padre mío!

—Sí, tu padre que te ama, tu padre de quien Dios ha tenido al fin compasión, y le devuelve pura y hermosa como una flor de las praderas á la hija de su alma.

—¿De qué Dios habla V., padre?

—De Dios uno y trino, de Jesús sacramentado por el hombre, del Dios del Evangelio.

—¡Padre! – exclamó con alegría Clara arrojándose á su cuello.

—Sí, para seguir á López que se me huía contigo, para estar cerca de la hija de mi corazón... (porque los salvajes, Clara, aman á sus hijos como no son capaces de amarlos los habitantes de las grandes ciudades), para verte alguna vez, me fué necesario perder mi ruda corteza, y ya en edad provecta, aprendí á leer, á escribir... aprendí todo lo que aprende un niño entre vosotros. Yo no me había bautizado, y no era cristiano más que en la apariencia para poder vivir entre los cristianos; en el fondo de mi corazón adoraba á los torpes ídolos que tienen un ara sangrienta en cada cabaña del Sur de México. Un día vino á mis manos un libro: estaba escrito de tal modo, con tal sabiduría, con tal dulzura, que me cautivó. Aquella era la historia maravillosa de un hombre sabio entre los sabios, fuerte entre los fuertes, humilde entre los humildes. Aquel libro era el Evangelio, aquel hombre, aquel Dios, Jesús.

Y á fuerza de leer el libro creí lo que el libro decía, y cuando creí, conocí á Dios, y cuando le conocí le adoré.

Y al adorarle sentí sobre mí su justicia, su justicia que castigaba en mí el pecado de un salvaje, y que acaso le castigará en toda mi generación.

—¡Oh, padre! y si cree V. en Dios, si conoce V. á Dios, ¿por qué odia á los blancos, nuestros hermanos?

—Porque son falsos y están cubiertos de lepra.

—¡Oh! ¡Dios mío! y ¡creyendo en Dios ha matado usted á López!

—No he sido más que su juez y su verdugo. ¿No dice el Evangelio: el que á hierro mata á hierro muere? ¿Ojo por ojo y diente por diente?

—Pero Dios tiene en la tierra la justicia que le representa.

—¡La justicia humana con sus ojos de carne, con su corazón de carne! ¿Cómo hubiera yo podido probar á los jueces de la tierra los delitos cometidos por un hombre allá en lejanas regiones, al otro lado de los mares, entre el silencio de la noche y la soledad de los bosques? Es cierto que tenía en mi poder contra López pruebas de traición contra España, pero yo quería que se le castigase como asesino, y yo no podía probar su crimen. No, yo no he asesinado á López, he sido el brazo vengador de la

MINISTERIO DE EDUCACION
INSTITUTO DE ARTE

justicia de Dios sobre la tierra, y como tal he herido impasible. Su cabellera está allá entre las de mis enemigos. No hablemos más de él.

—¡Y Zea! ¡y Zea! ¿por qué ha querido V. apartarme de Zea?

—¡Tanto le amas!

—No he amado, padre, hasta que le he visto á él, – exclamó con desesperación Clara.

—¿Y si le perdieras?

—Moriría.

Dijo de tal manera Clara estas palabras que Miantucatuc se aterró.

—El temor de que le aconteciese una desgracia me ha contenido únicamente, padre: el temor á ese infame López. Pero López no existe ya... soy libre... he sido toda mi vida desdichada... ¡oh, padre! ¡padre mío! ¡permítame usted que sea feliz!

Miantucatuc se engujó una lágrima con el revés de su nervuda mano.

—¡Usted llora, padre! ¡Usted que es tan valiente!... ¡Usted tendrá compasión de mí!

La pasión de Miantucatuc era su hija; comprendió que me amaba de una manera incurable, con toda la fuerza de voluntad de una india, y se desplomó y cedió.

Clara, al separarse de su padre, quedó consolada y feliz: la esperanza la sonreía y aquella noche durmió su primer sueño tranquilo de amor.

Al día siguiente me escribió.

Al creer que estaba enfermo fué á visitarme.

Esperó diez días.

Al fin se vió delante de mí.

. . . . . .

Y me embriagó, me enloqueció, me hizo olvidarme completamente de Adelaida.

Esto consistía, como ya te he dicho, en que Adelaida estaba lejos de mí, y en que delante de mí tenía, hermosísima, enamorada, pura, poética, divina, á Clara.

Nos separamos satisfechos y enamorados el uno del otro.

En la primera entrevista que tuvimos á solas la había salvado Miantucatuc.

En la segunda la salvaron su pureza y su fuerza de fascinación.

LXXXI

Al día siguiente recibí una carta de Miantucatuc en que me mandaba que fuera á verle á su quinta.

Avisé á Clara de que no podía verla porque me llamaba su padre, monté á caballo y me encaminé solo á la quinta de Miantucatuc.

En cuanto llegué fuí introducido.

Miantucatuc se paseaba en su cabaña, en aquella misma cabaña artificial donde me habló la primera vez.

—Tienes mucha suerte, Zea,—me dijo; – Clara te ama como no aman todas las mujeres. Tanto te ama, que por no desgarrarla el corazón no me he atrevido á decirla que eres un infame.

—Sea yo lo que fuere,—le dije,—¿crees que yo no amo á tu hija?

—Es muy posible que la ames, porque para no amarla conociéndola y siendo amado por ella, es necesario no tener ojos ni corazón.

– Clara es la felicidad de mi vida.

—¿Sabes por qué consiento tu matrimonio con Clara á pesar de haberte sentenciado... sólo porque habías puesto los ojos en ella? por no perderla, porque (así son las mujeres) si Clara no es tuya, muere.

—Tu hija será para mí un ángel de redención.

—En último resultado,—replicó el implacable Miantucatuc, – morirás más tarde, y ella habrá sido feliz algunas horas... ella que ha sido tan desgraciada.

—Será feliz todo el tiempo que Dios me dé de vida.

—Dices bien,—me contestó Miantucatuc, – porque el día que hagas correr la primera lágrima de sus ojos, mueres.

—Pero, ¿por qué crees que yo no haré la felicidad de tu hija si ella me ama?

– Puede... puede ser... Dios... y el oro... hacen mil milagros; ¿sabes lo que te doy con mi hija?

—¡Un ángel!

—Te doy una mujer... y unas riquezas como no has podido soñar... mira.

¡RECUERDO...! dibujo de Th. Matthei

Y Miantucatuc levantó la piedra del hogar de la cabaña.

Debajo apareció un arca de madera.

Abrióla el indio, y el tesoro que apareció á mi vista me deslumbró. Entonces me acordé de Adelaida y del medicamento del doctor Wildall y me estremecí.

Me estremecí no sé por qué.

Por un presentimiento oscuro.

¿Qué me importaba que muriese Miantucatuc?

No era eso.

En cuanto á Clara...

Yo me creí poderoso para defenderla.

Y Adelaida flotaba delante de mí, vengadora, terrible.

Era que entonces no tenía delante á Clara.

—Yo viviré poco,—me dijo Miantucatuc...—y aunque viva, este tesoro es inagotable. Como que ya eres, por decirlo así, el esposo de mi hija, escucha el consejo que voy á darte. Yo quiero que Clara brille en el gran mundo, ya que al gran mundo la han trasplantado: la corte de las Españas es pequeño teatro. ¡Londres! ¡La gran ciudad donde todo es magnífico! Allí quiero que viváis: en una isla del Támesis que yo compraré para vosotros: en la cual construiré un palacio para vosotros, palacio maravilloso que asombrará á las gentes, y alrededor de esa isla una escuadrilla de yaks en los que os trasladaréis al punto del continente que mejor os agrade para asombrarle con vuestra riqueza. ¿No oyes que quiero que Clara sea dichosa y envidiada y que sólo para ella he reunido todos estos tesoros?

—¡Oh! ¡sí! ¡sí señor!—contesté embriagado por la vista del tesoro.

—Pero olvídate de Adelaida,—me dijo:—Adelaida es terrible y Adelaida me consta que te ama.

—¡Señor!

—Yo me la llevaré lejos, muy lejos de vosotros y no podrá haceros daño, – dijo Miantucatuc.

Estuve á punto de revelarle lo del medicamento del doctor Wildall, pero no me atreví.

¡Ah! ¡cuántas veces un momento de cobarde vacilación determina una horrible sucesión de desgracias!

LXXXII

Después de algunas horas invertidas en un largo diálogo en que todo fueron condiciones y amenazas de parte de Miantucatuc, y seguridades y protestas por la mía, nos separamos quedando aplazado mi matrimonio con Clara para dentro de un mes. Cuando salí de la quinta, ya lejos de ella volví como por instinto la cabeza.

Entonces ví flotar en una ventana un pañuelo.

Era Adelaida que me saludaba.

Aquel saludo, sin saber yo por qué, me heló el corazón.

Pero cuando poco después me encontré delante de Clara en su casa, en su gabinete, á solas con ella, lo olvidé todo y me creí feliz, y al creerme feliz me creí bueno y virtuoso.

¡Ay Eugenio! soñaba con los ojos abiertos y no tardé en despertar.

Me había olvidado completamente de Adelaida, y Adelaida debía presentarse de nuevo ante mí de una manera terrible.

LXXXIII

Pasaban los días y se acercaba el de nuestras bodas.

Clara, á pesar de que siempre había sido joven y hermosa, se había rejuvenecido con la felicidad de tal modo, que á pesar de tener treinta y dos años, apenas representaba veinticuatro.

Se ocupaba con una actividad febril en prepararlotodo para nuestro casamiento.

Había comprado una magnífica casa, acabada de construir, por lo que le habían pedido, y había escrito á sus corresponsales de París y de Londres para que la enviasen los muebles, las alfombras, las tapicerías, los carruajes más costosos y más de moda.

Galas y joyas sin número habían sido también encargadas; en su alegría, todo la parecía poco: quería gastar un tesoro.

Y Miantucatuc le daba rienda suelta y el tesoro se gastaba.

El indio entretanto preparaba la liquidación definitiva de la casa de Lemus, porque quería que desapareciera hasta el nombre de su primer marido cuando iba á tomar un segundo.

Después libros y legajos, según decía Miantucatuc, debían quemarse.

Yo era feliz.

Había cundido entre mis conocimientos la noticia de mi enlace con la viuda de Lemus, y todos me envidiaban.

En cuanto á López, se decía que había huído robando á la casa enormes valores, y esta calumnia, hábilmente difundida, aunque indirectamente, por Miantucatuc, había sido creída hasta por los mismos dependientes de la casa Lemus, porque el mundo está siempre dispuesto á creer la calumnia.

La policía había ya prescindido de buscarle.

López entretanto dormía su sueño de muerte entre los álamos del jardín de Miantucatuc.

LXXXIV

Faltaban sólo ocho días para que se cumpliese el plazo fijado al casamiento.

Esperaba yo una tarde á Clara que había salido á hacer compras; cuando volvió noté que venía sofocada.

—Tengo una sed horrible,—me dijo,—me bebería el mar.

Y pidió un vaso de agua de nieve.

Mientras se lo traían, me enseñó unos brillantes que había comprado para mí.

—Son hermosísimos, – me dijo; – y los he comprado de una manera singular. Había yo entrado en un café á tomar un vaso de agua, cuando se me acercó una señora.

(Continuará)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN